

EDUCACION

NÚMERO

28

MARZO DE 1970

JUNTA DE EDITORES

RAMÓN MELLADO PARSONS

Secretario de Instrucción

DIRECTOR

EDELMIRA GONZÁLEZ MALDONADO

Subdirectora

Ángeles Pastor

Antonio C. Ramos

Tania Viera de Torres

Ángel M. Mergal

Leopoldo Santiago Lavandero

Iris D'Acosta de Cerame

Carmen Rosa Díaz de Olano

Roberto Hernández Sánchez

PUBLICACIÓN TRIMESTRAL DEL
DEPARTAMENTO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA DEL
ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO

EL APRENDIZAJE INICIAL DE LA LENGUA VERNÁCULA

ÁNGEL M. MERGAL*

PARA ENTENDER lo que realmente es la lengua vernácula es conveniente partir del estudio de su adquisición por el infante, como se desprende de las investigaciones de A. Gesell, J. Piaget, los Buehler, L. S. Vygotsky y otros. Desde este punto de vista, la lengua es primariamente un sistema de sonidos vocálicos simbolizantes del contenido psíquico de los interlocutores. El contenido psíquico es, a su vez, un mundo humano, construido por cada cual con la materia prima que le ofrece el mundo natural, el proceso histórico llamado cultura y las relaciones humanas, sociales e interpersonales. Con la palabra *infans*, infante en español, designamos al bebé cuando todavía no habla. Con la palabra *puer*, de donde puerilidad en español, designaba el latín al niño cuando ya habla. Cuando el niño ingresa en la escuela maternal, a la edad de tres añitos, ha realizado ya, en principio y obscuramente, un aprendizaje gigantesco, el de su lengua materna, y el mundo humano codificado en ella. Ya no es *infans*, sino *puer*, y desde ahí en adelante va a aprender mejor lo que ya sabe vaga y emocionalmente.

Cuando nos referimos a la *lengua escrita*, no debemos olvidar que la llamamos *lengua* por cortesía, por pura analogía o extensión semántica. No hablamos con la pluma o con el estilo, sino con la lengua. Los alemanes la llaman *Sprache*, es decir, *habla*. El hombre vivió, por lo menos, millón y medio de años hablando, antes que inventase el recurso de significar o representar por escrito su lengua, que es esencialmente hablada, el *speech* del inglés, derivado de *speak*, hablar.

Es en orden a estos hechos que decimos, no sólo desde el punto de vista del aprendizaje del infante, sino también desde el punto de

vista de la infancia de la especie, que la lengua es un sistema de sonidos vocálicos u orales. (Vocálicos deriva de *vox*; orales deriva de *os*, boca.) Pero también los animales infrahumanos producen sonidos vocálicos con cierta forma y con cierta significación, o sea *valor de signo o señal*. Sin embargo, estos sonidos vocálicos no son simbólicos de un contenido psíquico, y mucho menos de una historia o tradición cultural. La pura naturaleza carece de historia cultural. Estos sonidos *naturales*, invariables y universales, son señales o síntomas de las necesidades o reacciones de una constitución o estructura fisiológica capaz de producir un estado emocional en presencia de los estímulos adecuados y específicos. El llamado lenguaje animal, ya sea vocálico o ya sea de gestos, como el de las famosas abejas de von Frisch, es expresión de la necesidad fisiológica o de adaptaciones al excitante ambiental, como lo ha demostrado Schneirla en sus exhibiciones del Museo de Historia Natural de New York.

El contenido psíquico del infante, y por inferencia diríamos lo propio del contenido psíquico de los parlantes en la infancia de la especie, es producto social. El infante interioriza y se apropia de los estímulos vocálicos de los adultos que lo rodean, en una duración vital que, medida por las normas cronológicas de la cultura, podría ser 18 meses, pero en la experiencia existencial del infante, es una eternidad, de la cual no conserva memoria luego. Cuando el niño empieza a reproducir estos sonidos o gestos vocálicos, tienen para él *valor semántico*, es decir, estos sonidos son *señales* o *signos*, relacionados directa o prácticamente con los objetos que satisfacen sus necesidades, y con las emociones que despiertan en él las personas significantes que rodean su existencia. Igual que en los animales infrahumanos. Esto es precisamente lo que G. H. Mead ha llamado el proceso de interiorización del otro, y H. S. Sullivan designa como etapa *prototáctica*.

A este momento sigue un lento proceso de abstracción y simbolización, que medido cronológicamente, puede durar otros 18 meses o más. Esta es la gestación de la personalidad, o identidad personal, que ocurre paralelamente a la gestación de la lengua vernácula propiamente dicha, definida como cuerpo, organismo o sistema de sonidos simbólicos y no meramente de vinculaciones significativas (enlaces de señales). La lengua y la personalidad son hermanas gemelas idénticas. Este proceso, de acuerdo con Sullivan, se da en dos etapas, la *paratáctica* y finalmente *sintáctica* o *sintáctica*. Por supuesto, esto es solamente el nacimiento; el resto de la existencia personal es la vida humana y también la vida de la lengua. Los enlaces significativos, como el humo y el fuego, el relámpago y el trueno, el ladrido del

* ÁNGEL M. MERGAL, nació en Cayey, Puerto Rico. Doctor en Filosofía — Historiador de la Instrucción en Puerto Rico — Escritor adjunto a la Oficina del Secretario de Instrucción Pública — Autor de *Federico Degetau, estudio histórico; Puerto Rico, enigma y promesa*, ensayos; *El Reino prometido*, ensayos; *A History of Public Instruction in Puerto Rico; El agraz*, ensayos.

perro y la presencia del gato, la canción del ave macho y la proximidad de la hembra, etc. están codificados en el sistema nervioso o la causalidad natural; el valor simbólico de la lengua está codificado en la identidad personal, cuya manifestación nuclear es la memoria *simbólica*, a diferencia de la memoria animal. (Cf. S. Langer, *Philosophy in a New Key*.)

La teoría Sapir-Whorf, en lo que pueda valer, sostiene que la estructura y función de la lengua corresponde a la estructura y función de la personalidad, no sólo individual, sino también colectiva. Saber cómo llega a ocurrir esto es de suma importancia para determinar, científicamente, qué es la lengua y cómo debe enseñarse. Hasta ahora la investigación ha logrado establecer que el niño nace equipado neurológicamente para aprender a hablar. No así para aprender a leer y escribir. Estas no son funciones neurológicas, sino intelectuales. Desde su nacimiento, la existencia le provee miles de experiencias, llamadas *perceptos* por Kant y *vivencias* por la filosofía y psicología actuales. William James llamó a este hecho "The stream of consciousness", y también "The booming, zooming confusion". Lentamente el infante aprende a asociar una constelación de estas vivencias caóticas con una forma acústica por ejemplo, *bibi* o *leche*, a la cual los adultos llaman palabra. A la palabra hablada los franceses llaman *parole*; a la escrita, *mot*. La palabra viene a ser como una clasificación o categoría para archivar la existencia como vivencia. Esta mañana mi nieto de 18 meses reveló haber adquirido una nueva categoría en su sistema de archivo, la palabra *uy*, que sirve para archivar en su memoria todas las vivencias de sorpresa, miedo, cautela, etc. (5 de mayo de 1969). Para el infante, ¡uy! es más que palabra, es un discurso encapsulado. También para el adulto.

Cuando el infante, en su calendario existencial, ha vivido como medio millón de años más, que equivale en el calendario simbólico del adulto a 6 meses, aprende a percibir y distinguir las relaciones entre las diversas constelaciones de vivencias, ya clasificadas por palabras. Entonces entiende y se apropia esas estructuras de palabras que los adultos llaman frases y oraciones. Pasa un millón de años más en su calendario existencial. Ya el infante se ha transformado en niño. Tiene tres o cuatro años de edad en el calendario simbólico y ha aprendido que todas las relaciones de su archivo existencial se pueden representar por estas estructuras de sonidos llamadas palabras, frases y oraciones. A este hecho los sabios llaman *Universo de Discursus*, y los demás llamamos lengua vernácula. Hay una relación universal y pivotal, la de la existencia y la identidad personal. Las

demás relaciones se organizan prendidas por ésta, como las varillas en un abanico.

A estas clasificaciones o categorías, que nosotros llamamos *palabras*, los griegos llamaron *logoi*, *formas*, *esquemas* o *arquetipos*. Los latinos siguieron en esto a los griegos, y a base de esta tradición, mezclada con las vivencias religiosas del cristianismo, troqueladas ya en formas o esquemas greco-latinos, se produjo la controversia entre nominalistas y realistas. Los nominalistas decían que estas formas abstractas, conceptos o ideas no tenían realidad existencial, que eran meros símbolos, nómima, *flatus vocis*, o sea, palabras vacías. Los realistas porfiaban que sí tenían realidad existencial. Ahora, después de varios siglos, empezamos a comprender qué clase de realidad funcional tienen los universales para el aprendiz de la lengua. Aunque todavía hay nominalistas llamados *semanticistas*, particularmente en Estados Unidos, que a estos universales, como *espacio*, *tiempo*, *libertad*, *honor*, llaman "espectros del lenguaje", o sea *flatus vocis*, meros nombres.

La llamada personalidad o identidad personal es esencialmente una estructura lingüística, simbólica de las relaciones existenciales del parlante y su mundo. Cuando Lamartine dice: "No soy yo quien pienso, son mis ideas que piensan por mí," lo que realmente dice es: "Son mis palabras que piensan por mí". Esto es lo que quieren evitar los semanticistas, *la autonomía* o *disociación* del lenguaje y su *tiranía*. (Cf. Stuart Chase, *Tyranny of Words*)

Entonces ¿cómo piensan los sordomudos de nacimiento? ¿Por imágenes? Hans Furth ha estudiado este problema en su obra *Thinking Without Language*, y lo sigue estudiando. Sus hallazgos iluminan notablemente los procesos del aprendizaje del idioma. Tal vez sus estudios logren esclarecer el tradicional dicho: "Si es mudo revienta". Y si es tartamudo es porque ya ha reventado. Le pistonea el lenguaje porque le pistonea la personalidad. Y esto, sin alusión a nadie en particular, sino por vía de diagnóstico logopédico o logoterápico. Esta es, por lo menos, la tesis de Wendell Johnson, autor de *People in Quandaries* y *The Onset of Stuttering*, fundado en su propia experiencia.

El lenguaje es esencialmente diálogo. Decir que el hombre es el animal parlante o parlero, es convenir con Aristóteles, que el hombre es el animal social. El solitario ha interiorizado la sociedad inmediata y aún remota en que se desenvuelve su existencia, y su pensamiento, aparentemente monólogo, es realmente, como lo reconoce Miguel de Unamuno, monodialogo. El ambiente, interiorizado en formas y estructuras lingüísticas, es el natural, el culto y el social

o interpersonal. El adulto, sobre todo si es culto, lleva consigo toda su sociedad y toda su historia. No hay Robinson sin Inglaterra, compañeros náuticos en la isla solitaria. El monodílogo lo hace el adulto con una mentalidad que es aparentemente suya, individual, pero que se ha formado en los moldes de su sociedad y de su historia y se desenvuelve vinculada a esta realidad sociocultural.

El proceso de simbolización y estructuración mutua de la persona y su mundo en función de las formas lingüísticas, se prolonga y se difunde por toda la vida y en todas las actividades del parlante, sea éste alumno o sea ya adulto. La lengua es como el espejo del contenido psíquico. Al objetivarse en la lengua, el parlante puede añadir, quitar, enmendar, en una palabra, puede "arreglarse" a su gusto. Por la precisión lingüística el contenido psíquico no se viste, no se disfraza, sino, al decir de Unamuno, se desnuda para verse tal cual es, y realizar el supremo ideal de la educación, conocerse a sí mismo. Y como el *si mismo* es en última instancia el más eficaz instrumento para conocer al mundo, el conocerse a sí mismo por la precisión lingüística es un proceso paralelo al conocer al mundo por el mismo modo.

Desafío al tiempo que huye,
un contorno y un ademán.

Es la respuesta de Eugenio D'Ors al Rubén Darío de la *Canción de Otoño en Primavera*. Ese contorno y ese ademán es el gesto y la gesta lingüísticos: la eternización del momento existencial. Puede que a las palabras se las lleve el viento, pero son semillas de eternidad que vuelven a caer en el surco fértil de la existencia. En el diálogo se sobreentiende la mitad y a veces más de lo que se comunica, porque se presupone un contenido psíquico en común, al cual el habla alude cuando dice *sí, no, por supuesto, ya lo sabía*, etc. Se sobre-entiende sobre lo que se dice, lo cual es la cuarta parte del témpano de hielo que flota sobre el mar del contenido psíquico. Tal vez sería mejor decir la isla visible, picacho o meseta de una sierra submarina. Cuando mi mujer dice: "Tengo que regresar a la una", me comunica tácitamente: "No te olvides de venir a buscarme a las once. Necesitamos tiempo para preparar el almuerzo, comer sin prisa y estar de regreso a la una. No me gusta que me ajores. (Ahorres, dice mi mujer, porque su vernáculo es el inglés, y confunde las dos palabras en español.) Si no puedes venir a tiempo, prefiero traer un *lunch* y tú te las arreglas como puedas. Etc., etc., etc". Hace 34 años que transito por esta sierra submarina y ya conozco bien sus picachos.

Cuando escribí el paréntesis anterior, lo terminé en la palabra *inglés*, porque en mi monodílogo con el lector interiorizado, presupuse en el lector el resto del pensamiento: "y confunde las dos palabras en español". Olvidé que en el monodílogo escrito, a veces sobreentender es malentender. Esta es una cautela esencial del arte del escritor, saber justamente qué escribir es tan importante como saber justamente qué no escribir sin arriesgar la eficacia de la comunicación.

Comunicar consiste en establecer el fundamento común para entender, sentir y actuar creadoramente. Este fundamento común es el *contenido psíquico*, para mí sinónimo de personalidad. La comunicación verbal no es la única; pero debe ser la más eficaz, por ser esencialmente humana. Educar es, básicamente, comunicar. No es exagerado afirmar que adquirir destreza en la comunicación verbal es la primera y universal exigencia de toda la actividad educativa. El mundo interior re-creado por la educación es un mundo verbal.

Desde el punto de vista de la experiencia del infante, la lengua es el instrumento y el molde para la formación de la personalidad, para la objetivación de su contenido psíquico y para su crecimiento espiritual. Desde el punto de vista socio-cultural, la lengua es el instrumento para la estructuración de lo que podría denominarse la personalidad colectiva, o sea el carácter nacional. La realidad espiritual, a la cual llamamos cultura, es esencialmente lingüística, y por ello es prácticamente imposible vincularse a la cultura y apropiársela sino a través del vehículo lingüístico. Desde el punto de vista histórico, la lengua vernácula es el registro de la existencia cultural del pueblo en orden de tiempo. En el principio era el verbo, todo lo que es, vino a ser y sigue siendo en él, por él y para él. "Dime tu nombre", dijo Jacob al ángel de Dios; y todas las cosas son ángeles, o sea heraldos, mensajeros de Dios. Dime tu nombre, pregunta a la existencia la naturaleza del niño.

Para la enseñanza de la lengua es adecuado y pertinente que los maestros se ingenien para seguir, en la formulación de sus programas y de sus métodos, los principios que han ido poniéndose en claro a través de las investigaciones de Freud, Cassirer, Piaget, Vygotsky, H. S. Sullivan, Bateson y Ruesch, Karl y Charlotte Bühler, y muchos otros que han ido analizando científicamente la experiencia lingüística del infante. No estaría demás repasar constantemente el fundamento filosófico y científico de Froebel, el gran precursor, porque "si no os volviereis y fuereis como niños," no entraréis en el Reino de la Lingüística.

El maestro debe arreglárselas de tal modo que motive, estimule y respete el derecho y la potencialidad genética que tiene el niño para jugar creadoramente con la lengua, y forcejear con ella, como Jacob con el ángel de Jehová, para formar en ella su personalidad y objetivarla en el lenguaje, como si la lengua fuera plastilina en la cual el niño va modelando los diversos rasgos de su *si mismo*. La tarea del educador consiste en sistematizar este aprendizaje y este crecimiento sin violentar, sino siguiendo los principios y procesos de la naturaleza humana. Aunque algunos sabios no quieran admitirlo, la naturaleza es siempre más sabia que los sabios y es discreción aprender de ella.